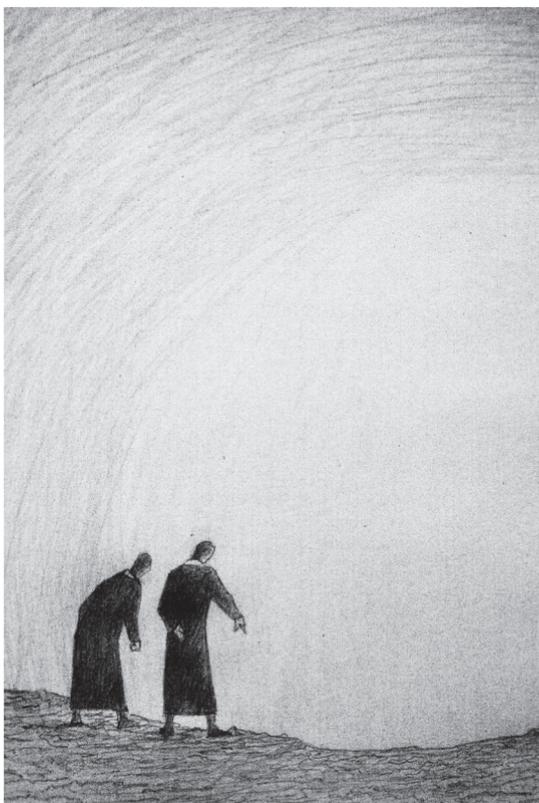


PRIMERA PARTE

Más acá, más allá



1



—¡Grrrrrrrrrrrrff! —gruñó para sí Chester Rawls. Tenía la boca tan seca que le costó un rato poder hablar de verdad—. ¡Ah, mamá, déjame, por favor! —logró decir finalmente con cierto gustillo.

Algo le estaba haciendo cosquillas en el pie, como le hacía su madre cuando no obedecía la alarma del despertador y seguía en la cama. Y sabía que las cosquillas no cesarían hasta que retirara el edredón y empezara los preparativos para ir al colegio.

—Porfa, mamá, sólo cinco minutos más... —rogó con los ojos aún completamente cerrados.

Estaba tan cómodo que lo único que quería era seguir así todo el tiempo que pudiera, disfrutando cada segundo. Lo cierto es que a menudo hacía como que no había oído el despertador porque sabía que al final llegaría su madre a asegurarse de que se había levantado.

Guardaba como un tesoro el recuerdo de aquellos momentos en que abría los ojos y se la encontraba allí, sentada en el extremo de la cama. Adoraba su sonrisa y su alegría, que brillaban como el sol matutino. Y estaba allí cada mañana, sin importar lo temprano que fuera.

—Yo soy persona mañanera —proclamaba ella con alegría—. Sin embargo, el gruñón de tu padre tiene que tomarse varias tazas de café antes de empezar a ser él. —Entonces ponía

mala cara, echaba los hombros hacia delante y gruñía como un oso herido. Chester la imitaba, y ambos se echaban a reír.

El chico estaba sonriendo, pero entonces apareció el implacable sentido del olfato, y la sonrisa desapareció de su rostro.

—¿Qué es eso, mamá? ¡Qué asco! —protestó de manera entrecortada, incapaz de explicarse aquel hedor. La imagen de su madre desapareció como si se encontrara en un televisor que alguien acababa de apagar. De pronto, se puso nervioso y abrió los ojos.

Estaba oscuro.

—¿Qué...? —murmuró. Lo rodeaba una oscuridad impenetrable, pero entonces percibió algo con el rabillo del ojo: un débil resplandor.

«¿Por qué está tan oscuro?», se preguntó. Aunque no podía ver absolutamente nada que confirmara que se hallaba en su cuarto, su mente hacía todo lo que podía por convencerle de que así era. «Esa luz, ¿viene de la ventana? ¿Y ese olor...? ¿Es algo que ha hervido y se ha derramado, abajo en la cocina? ¿Qué sucede?»

Era un hedor intenso. Olía a azufre, y por debajo del azufre había algo más..., el olor ácido y punzante de la podredumbre. Esa combinación le llenó las fosas nasales y le produjo náuseas. Intentó levantar la cabeza para mirar a su alrededor, pero no pudo: algo se la sujetaba, así como los brazos y las piernas; era como si estuviera atado. Lo primero que pensó fue que se había quedado paralítico. No gritó, pero resopló rápidamente varias veces, tratando de sobreponerse al pánico. Se dio cuenta de que no había perdido la sensibilidad, ni siquiera en las extremidades, así que no era probable que estuviera paralítico. Le animó también comprobar que podía mover los dedos de las manos y de los pies, aunque sólo un poco. Era más bien como si estuviera metido dentro de algo firme y rígido.

Las cosquillas del tobillo volvieron a aparecer, como si se encontrara allí su madre, y en su mente resurgió, temblorosa, la tenue imagen fantasmal.

—¿Mamá? —preguntó de manera vacilante.

Cesaron las cosquillas y oyó un sonido bajo y lastimero que no parecía totalmente humano.

—¿Quién es? ¿Quién está ahí? —preguntó desafiando a la oscuridad.

Entonces oyó algo que era, sin lugar a dudas, un maullido.

—¿*Bartleby*? —gritó—. ¿Eres tú, *Bartleby*?

Al pronunciar el nombre del gato, los sucesos del Poro afloraron a su mente con vívida rapidez. Ahogó un grito al recordar cómo él, Will, Cal y Elliott habían sido acorralados por los limitadores contra un enorme agujero que se abría a su espalda.

—¡Dios mío! —susurró. Habían hecho frente a una muerte casi segura a manos de los soldados styx. Era como una escena de pesadilla que se niega a desaparecer incluso después del despertar. Y le parecía todo tan reciente como si hubiera tenido lugar tan sólo unos minutos antes.

Entonces se le presentaron otros recuerdos.

—¡Dios! —murmuró al recordar el instante en que Rebecca, la chica styx que se había introducido en la familia de Will les reveló que había tenido todo el tiempo una gemela auténtica. Recordó cómo se habían burlado sin piedad de Will las dos gemelas, y el placer con que habían descubierto sus planes para causar estragos entre los Seres de la Superficie utilizando un virus mortal: el *Dominion*. Recordó a las gemelas tratando de convencer a Will de que se entregara, y después al hermano de Will, Cal, saliendo al descubierto y gritando de modo lastimero que quería marcharse a casa.

Entonces recordó la lluvia de balas que habían abatido al muchacho: Cal había muerto.

Chester sintió un escalofrío, pero hizo un esfuerzo por recordar lo que había sucedido a continuación. La imagen de su amigo Will reapareció: él y Chester se tendían la mano mientras Elliott gritaba, y todos estaban unidos por una cuerda. En aquel instante Chester fue consciente de que aún había esperanza, pero... ¿por qué? ¿Por qué todavía había esperanza...? No podía recordarlo. Estaban atrapados en una situación desesperada, sin salida. La mente de Chester se encontraba tan embarullada que le costó varios segundos poner en orden sus pensamientos.

¡Sí, eso era! Elliott iba a intentar bajar con ellos por el interior del Poro... Aún tenían tiempo... escaparían.

Pero todo había ido rematadamente mal. Cerró y apretó los ojos como si la retina le siguiera ardiendo con los abrazadores destellos, y la cegadora blancura de las explosiones cuando recibieron el bombardeo de las potentes armas de fuego de la División styx. Revivió el temblor del terreno a sus pies, y entonces le llegó otro recuerdo: la vaga imagen de Will lanzado por los aires justo por encima de su cabeza y cayendo por el borde del Poro.

Rememoró el terror experimentado en el momento en que Elliott y él habían tratado de resistirse a caer, arrastrados por el peso sumado de los cuerpos de Will y Cal. Pero había sido en vano, porque estaban atados unos a otros, y antes de que se diera cuenta estaban cayendo, los cuatro, por el oscuro vacío del Poro.

Recordó entonces la fuerza del viento, raudo e incesante, que no le permitía respirar... y destellos de luz roja y un calor increíblemente intenso..., pero ahora...

Pero ahora...

Ahora tenía que estar... ¡muerto!

Así pues, ¿qué era aquello? ¿Dónde demonios se encontraba?

El gato volvió a maullar, y Chester sintió en el rostro el cálido aliento del felino.

—Eres tú, *Bartleby*, ¿verdad? —balbuceó.

La cabeza del animal, abombada y enorme, estaba a apenas a unos centímetros de distancia de él. Por supuesto, tenía que ser *Bartleby*. Chester se había olvidado de que el gato también había caído al mismo tiempo que los demás... Y allí estaba ahora.

Entonces notó que una lengua húmeda le raspaba la mejilla.

—¡Fuera! —berreó—. ¡Para!

Bartleby lo lamió aún con más fuerza, evidentemente encantado de obtener alguna reacción del chico.

—¡Apártate de mí, gato tonto! —gritó Chester con creciente aprensión. No era justo que no pudiera hacer nada para detener al animal: la lengua de *Bartleby* era tan áspera como papel de lija, y ser lamido por ella resultaba doloroso. Forcejeó para liberarse. Al mismo tiempo, chilló a pleno pulmón.

Los gritos no detuvieron en absoluto al animal, y a Chester no le quedó otro recurso que bufar y escupir con todas sus fuerzas. Aquello terminó por dar resultado, y *Bartleby* retrocedió.

Entonces todo volvió a quedarse a oscuras y en silencio.

Intentó llamar a Elliott y después a Will, aunque no sabía si alguno de ellos habría sobrevivido a la caída. En el fondo del corazón tenía el espantoso presentimiento de que podía ser el único que hubiera quedado vivo; aparte, claro está, del gato. La posibilidad de haberse quedado él solo con aquel animal enorme y baboso casi le parecía peor que quedarse solo del todo.

Como un balonazo en la cabeza, le sobrevino una idea terrible..., la idea de que hubiera llegado, por una especie de milagro, hasta el mismo fondo del Poro. Recordaba lo

que les había dicho Elliott: que el agujero no sólo tenía más de un kilómetro de un lado a otro, sino que era tan profundo que nada más un hombre había logrado, según decían, regresar de él. En la medida en que se lo permitía la invisible sustancia en que se hallaba inmerso, Chester tembló de manera incontrolable. Estaba viviendo su peor pesadilla: ¡Estaba enterrado vivo!

Estaba apretujado en una especie de tumba antropomorfa poco profunda, en las entrañas de la tierra. ¿Cómo iba a salir alguna vez del Poro y regresar a la Superficie? Se había hundido incluso muy por debajo de las mismísimas Profundidades, un lugar que ya en sí resultaba bastante espantoso. La posibilidad de volver a casa de sus padres y a su vida anterior, tan agradable y predecible, era cada vez más remota.

—¡Por favor, sólo quiero volver a casa! —balbuceó para sí y, acosado por oleadas alternativas de claustrofobia y terror, se encontró empapado en un sudor frío.

Después, allí tendido, una vocecita procedente del interior de su cabeza le dijo que no cediera a sus terrores. Dejó de balbucear. Lo que tenía que hacer era liberarse de aquello que lo apresaba como cemento de fraguado rápido, y encontrar a los otros. Tal vez necesitaran su ayuda.

Tensando los músculos y retorciéndose, al cabo de diez minutos consiguió liberar en parte la cabeza y lograr cierta capacidad de movimiento en un hombro. Entonces, al contraer los músculos de los brazos, oyó un desagradable sonido de succión, y uno de ellos quedó repentinamente liberado de aquella materia pegajosa y esponjosa.

—¡Sí! —gritó. Aunque el movimiento de su brazo fuera limitado, dedicó un momento a palparse con la mano el rostro y el pecho. Encontró las cintas de la mochila y soltó ambas hebillas, pensando que de esa manera le sería más fácil salir. Entonces se afanó en liberar el resto del cuerpo, gruñendo y haciendo grandes esfuerzos que iban dando pe-

queños resultados. Se fue acalorando más y más. Era como intentar desprenderse de un molde. Sin embargo, poco a poco, lo fue consiguiendo.

Muchos miles de metros por encima de Chester, el anciano styx se hallaba en pie al borde del Poro, mirando hacia la profundidad, entre el agua que caía a su alrededor en una llovizna constante. A cierta distancia, aullaban jaurías de perros.

Aunque tenía el rostro profundamente arrugado y el cabello teñido de blanco, la edad no había debilitado a aquel hombre. Bajo el largo gabán de cuero que llevaba abotonado hasta el cuello, su cuerpo largo y delgado se hallaba tan tenso como un arco. Reflejando la luz, sus pequeños ojos brillaban como cuentas de azabache muy pulido, y de todo su ser emanaba una impresión de fuerza que parecía invadir y someter la oscuridad circundante.

Hizo un gesto con la mano, y entonces otro hombre se acercó y se quedó a su lado, de forma que los dos permanecieron hombro con hombro ante el borde mismo del abismo. Este segundo hombre guardaba un parecido asombroso con el anciano, aunque tenía el rostro aún libre de arrugas, y el pelo tan negro y peinado hacia atrás tan apretado que se habría podido pensar que llevaba puesto un solideo.

Estos hombres, miembros de una raza secreta llamada styx, estaban investigando un incidente que había ocurrido muy poco antes. Un incidente en que el viejo había perdido a sus nietas gemelas, que se habían precipitado hasta el fondo del abismo.

Aunque sabía que había pocas posibilidades de que ninguna de las muchachas siguiera con vida, el rostro del anciano styx no mostraba asomo de pena ni angustia por su pérdida mientras impartía órdenes en una serie de rugidos entrecortados.

Alrededor del Poro, los limitadores le obedecían en un renovado trajín. Aquellos soldados, un destacamento especializado que se entrenaba en las Profundidades y llevaba a cabo operaciones clandestinas en la Superficie, iban vestidos con uniformes de trabajo de color pardo (gruesa chaqueta y abultados pantalones) pese a las elevadas temperaturas que eran corrientes en aquella profundidad de la tierra. Con sus rostros enjutos concentrados e imperturbables, algunos de ellos sondeaban las profundidades del Poro utilizando para ello unas miras que aumentaban la luz y que llevaban montadas sobre los rifles, en tanto que otros descolgaban esferas luminosas atadas a un cable para examinar los tramos superiores. Era prácticamente imposible que las gemelas hubieran logrado evitar la caída hacia la muerte, pero el anciano styx tenía que asegurarse.

—¿Han encontrado algo? —bramó en su propia lengua, que era un idioma de sonidos nasales y broncos. Sus palabras resonaron en el Poro y ascendieron por la pendiente que tenía a su espalda, donde el resto de los soldados, con su habitual eficiencia, desmantelaban ya la artillería que había causado tanta destrucción en el lugar en que se encontraba él en aquel momento.

—Es evidente que han muerto —le dijo con tranquilidad el viejo styx a su joven ayudante, y de inmediato volvió a gritar órdenes con toda la potencia de su voz—: ¡Concentrad todos vuestros esfuerzos en hallar las ampollas! —Tenía la esperanza de que una o ambas gemelas hubieran tenido tiempo de quitarse del cuello los pequeños frascos de cristal antes de caer por el precipicio—. ¡Necesitamos esas ampollas!

Su intransigente mirada cayó sobre los limitadores que se arrastraban a su alrededor, peinando cada centímetro del suelo. Observaban minuciosamente bajo cada trocito de piedra y rebuscaban entre la tierra revuelta que aún ardía a causa de los residuos de explosivo de los proyectiles que habían impac-

tado allí. De vez en cuando, esos residuos se inflamaban y del suelo brotaban llamas que enseguida volvían a apagarse.

Hubo gritos de aviso, y varios limitadores se echaron hacia atrás justo al desplomarse con grave estruendo una franja de tierra a lo largo del borde. Toneladas de roca y tierra que habían quedado sueltas a causa de las explosiones se desprendieron y cayeron al abismo. Aunque habían estado a punto de no contarlos, los soldados se limitaron a levantarse y proseguir con su labor, aparentemente sin que el suceso les perturbara en absoluto.

El anciano styx volvió a contemplar la oscuridad desde lo alto de la pendiente.

—No hay duda de que fue ella —dijo su joven ayudante, que también contemplaba el oscuro abismo—. Fue Sarah Jerome la que se llevó a las gemelas.

—¿Quién si no? —comentó bruscamente el anciano styx, moviendo la cabeza hacia los lados—. Y lo sorprendente es que pudiera hacerlo estando mortalmente herida. —Se volvió hacia su joven ayudante—: Al enfrentarla a sus propios hijos estábamos jugando con fuego y, sencillamente, hemos terminado quemándonos los dedos. Nada resulta sencillo —dijo, pero de inmediato rectificó—: resultaba, en lo referente a ese chico Burrows. —Pues daba por hecho que Will también había muerto. Frunció el ceño y se quedó callado, respirando hondo antes de volver a hablar—: Pero, dime..., ¿cómo pudo apanárselas por aquí Sarah Jerome? ¿Quién era el responsable de la zona? —Apuntó con el dedo a las pendientes superiores—. Quiero una explicación.

Su joven ayudante agachó la cabeza en señal de que aceptaba la orden, y se fue.

En su lugar apareció inmediatamente otra persona, aunque era tan deforme y encorvada que a primera vista resultaba difícil decir si era realmente un ser humano. De debajo de un manto que estaba rígido de tan sucio, salieron a la

luz un par de manos retorcidas y nudosas. Con movimientos de pájaro, las manos levantaron el manto para mostrar una cabeza horriblemente deformada con protuberancias bulbosas, tan numerosas en algunos lugares que parecían haber crecido unas sobre otras. Unos lacios mechones de pelo pringoso enmarcaban un rostro en el que aparecían dos ojos completamente blancos. Carentes de iris o pupilas, giraban no obstante como si fueran capaces de ver.

—Mis condolencias por la pérdida de... —dijo casi sin aliento aquel ser, y decidió callarse, sumiéndose en un respetuoso silencio.

—Gracias, Cox —respondió el viejo styx abandonando la lengua de los styx—. Cada hombre es el autor de su propia suerte, y las desgracias ocurren.

Con un repentino movimiento del dorso de la muñeca, Cox barrió el hilo de saliva lechosa que le colgaba de los ennegrecidos labios, y se untó con ella la grisácea piel. Mantuvo en el aire su brazo flaco y larguirucho, y después, con una sacudida, lo levantó por encima de la cabeza y con un dedo en forma de garra se dio golpecitos en la protuberancia del tamaño de un melón que tenía en la frente.

—Al menos sus chicas acabaron con Will Burrows y esa puerca de Elliott —comentó—. Pero supongo que aún quedará efectuar batidas en el resto de las Profundidades para acabar con los últimos renegados, ¿verdad?

—Hasta el último, con la información que tú nos has dado —dijo el viejo styx antes de dirigirle una mirada que daba a entender que sabía la respuesta de lo que iba a preguntar—: De todas formas, Cox, ¿por qué lo preguntas?

—Por nada —respondió el bulto informe, raudo como un relámpago.

—Me parece que es por algo... Estás preocupado porque hasta ahora Drake se ha librado de nosotros. Y sabes que antes o después irá por ti, para zanjar cuentas.

—Vendrá, pero estaré preparado para recibirlo —aseguró Cox con confianza, aunque las palpitaciones de una vena azul que serpenteaba bajo uno de sus ojos proclamaban otra cosa—. Drake podría estropearlo todo...

El viejo styx alzó una mano para hacerle callar cuando regresó a paso ligero su joven ayudante, seguido por tres limitadores. Los tres soldados formaron en fila y permanecieron firmes, mirando al frente y con el rifle al costado. Dos de ellos eran jóvenes subalternos en tanto que el otro era un oficial, un veterano de pelo gris con muchos años de servicio.

Con los puños apretados, el viejo styx caminó lentamente por delante de la fila y se detuvo al llegar ante el último hombre, que resultó ser el veterano. Se volvió completamente hacia él y acercó el rostro hasta unos centímetros del del oficial. El viejo styx mantuvo aquella postura durante varios segundos, antes de bajar los ojos hacia su guerrera. Tres breves cordones de algodón de diferentes colores sobresalían de la tela justo por encima del bolsillo pectoral del veterano. Aquellos cordones brillantes eran condecoraciones por actos de valor: el equivalente styx a las medallas que se imponen los Seres de la Superficie. El anciano styx cerró sus dedos enguantados en torno a ellos, los arrancó, y después se los tiró a la cara. El oficial no parpadeó ni mostró la más leve reacción ante aquel gesto.

El viejo styx desanduvo los pasos que había dado por delante de ellos, y entonces hizo un gesto hacia el Poro tan poco solemne como si se tratara de espantar una mosca molesta. Entonces los tres soldados rompieron la formación. Dejaron los rifles apoyados unos en otros, formando una pirámide. A continuación se desabrocharon los gruesos cinturones, con todo el equipo que colgaba de ellos, y los depositaron ordenadamente ante los rifles. Sin esperar más orden del anciano styx, desfilaron en fila india hasta el borde del Poro y, uno tras otro, se dejaron caer al fondo. Ninguno de ellos profirió

ni siquiera un grito. Y ninguno de los compañeros que había por la zona hizo un alto en su labor para observar cómo caían al abismo los tres soldados.

—Dura ley —comentó Cox.

—No exigimos menos que la perfección —explicó el anciano styx—. Ellos habían fracasado, y ya no nos servían.

—Pero las muchachas podrían haber sobrevivido —aventuró el ser deforme y encorvado.

El anciano se volvió para conceder a su interlocutor toda su atención:

—Claro, claro... Tu gente cree que un hombre cayó ahí y vivió, ¿no es cierto?

—No es mi gente —refunfuñó Cox.

—Hay mitos que hablan de un glorioso Jardín del Edén que aguarda en el fondo del abismo —comentó el anciano styx alegremente.

—Un montón de tonterías —murmuró el bulto informe, y empezó a toser.

—¿Nunca has intentado comprobarlo por ti mismo? —El viejo styx no esperó respuesta, y dio una palmada al tiempo que se volvía hacia su joven ayudante—. Envía un destacamento al Búnker para extraer muestras del virus del *Dominion* de los cadáveres que hay allí. Si podemos volver a cultivarlo, entonces podremos seguir adelante con el plan. —Ladeó la cabeza y dirigió a Cox una malvada sonrisa—. No queremos que los Seres de la Superficie se pierdan su día del juicio final, ¿verdad?

El hombre deforme y encorvado estalló en carcajadas, esparciendo por el aire una baba lechosa.

Chester no se concedió ni un segundo de descanso. Fuera lo que fuera aquello que lo tenía apesado, sentía el aceite en contacto con la piel, y mientras proseguía forcejeando

llegó al convencimiento de que aquel aceite era la fuente del hedor. Al tiempo que hacía presión para liberar el segundo brazo, el otro hombro quedó suelto, y entonces, de repente, lo hizo también la mitad superior del torso. Lanzó un bramido de victoria en el momento en que consiguió sentarse, con un sonoro ruido de succión.

Palpó apresuradamente en medio de la impenetrable oscuridad. Aquella sustancia gomosa lo recubría por entero, y se dio cuenta de que lo único que podía hacer era salir por arriba, donde el terreno parecía nivelarse. Rasgó unas pequeñas tiras: al tacto aquello resultaba fibroso y graso, pero no tenía la más ligera idea de qué podía ser. Sin embargo, fuera lo que fuera, parecía haber amortiguado el impacto de la caída en el Poro. Por extraño que resultara, aquello era seguramente lo que le había salvado la vida.

—¡De eso nada! —se dijo rechazando la idea. Era demasiado rebuscada: tenía que haber otra explicación.

No encontraba por ningún sitio la lámpara que antes llevaba enganchada a su chaqueta, así que se palpó rápidamente los bolsillos en busca de las esferas luminosas de repuesto.

—¡Maldición! —exclamó al descubrir que el bolsillo de la cadera estaba rasgado y que había perdido todo su contenido, esferas incluidas.

Pero enseguida se dijo que tenía que conservar el ánimo, y trató de ponerse en pie.

—¡Dame un respiro! —exclamó lamentándose cuando vio que sus piernas seguían fuertemente apesadas por la materia esponjosa, y que no se podía levantar. Pero no era aquello lo único que lo sujetaba al sitio en que se encontraba.

—¿Qué es esto? —se preguntó al descubrir la soga que tenía atada a la cintura. Era la cuerda de Elliott, que en lo alto del Poro habían utilizado para enlazarse unos a otros. Ahora dificultaba sus movimientos, pues tanto a derecha como a izquierda la cuerda se hallaba firmemente insertada en la sus-

tancia esponjosa. Como no tenía ningún cuchillo, la única opción era tratar de deshacer el nudo. Pero eso era más fácil de decir que de hacer, porque tenía las manos impregnadas con el fluido aceitoso, y se le resbalaban de la cuerda.

Entre titubeos y maldiciones, al final logró deshacer el nudo y luego ensanchó el lazo que lo rodeaba.

—¡Al fin! —bramó, y con un sonido parecido al de alguien que sorbe el resto de lo que queda en su vaso a través de una pajita, estiró las piernas. Había perdido una de las botas, que había quedado hundida en aquella sustancia. Tuvo que usar ambas manos para sacarla, y se la colocó antes de salir.

Entonces fue consciente de lo mucho que le dolía cada parte del cuerpo, algo así como si acabara de jugar el partido de rugby más bestia de su vida, tal vez contra un equipo de matones.

—¡Ay! —se quejó al tiempo que se frotaba brazos y piernas, comprobando también que tenía en el cuello y en las manos señales producidas por el roce de la cuerda. Gimió estirándose, y miró hacia arriba para intentar ver desde dónde había caído. Lo extraño era que desde el comienzo de la caída, cuando el aire le azotaba tan fuerte la cara que le impedía respirar, hasta el momento en que *Bartleby* lo había reanimado lamiéndole el tobillo no recordaba nada.

—¿Dónde demonios estoy? —se preguntaba una y otra vez, sin salir del agujero. Vio que había un par de zonas muy levemente iluminadas: aunque no sabía qué originaba la iluminación, el hecho de que algo interrumpiera la total oscuridad le hizo sentirse un poco mejor. Y, cuando sus ojos se adaptaron, distinguió la veloz silueta del gato, que corría trazando círculos a su alrededor como un jaguar que rodea a su presa.

—¡Elliott! —llamó—. ¿Estás ahí, Elliott?

Notó que cuando gritaba se oía un claro eco que llegaba del lado izquierdo, aunque nada en absoluto de la derecha. Gritó varias veces más, esperando respuesta.

—¡Elliott!, ¿me oyes? ¡Will! ¡Eh, Will! ¿Estás ahí?

Pero no había respuesta.

Pensó que no podía quedarse allí todo el día, sin hacer otra cosa que gritar. Se dio cuenta de que uno de los puntos de iluminación estaba bastante cerca, y decidió acercarse hasta él. Salió como pudo del agujero. Como estaba empapado en aquel fluido resbaladizo, no se arriesgó a ponerse en pie, sino que prefirió permanecer a cuatro patas, y de esa forma avanzó por la mullida superficie. Al avanzar se dio cuenta de otra cosa: de que se sentía extrañamente ligero, como si flotara en el agua. Preguntándose si se debería a que los golpes en la cabeza lo habían mareado, decidió concentrar su atención en lo que estaba haciendo.

Avanzó lentamente, con movimientos cortos y lentos, alargando los dedos hacia la luz. Entonces esa luz incidió en la palma de su mano, que tenía abierta y vuelta hacia abajo. Comprendió que llegaba de algo que estaba incrustado bastante hondo en la sustancia gomosa. Se arremangó y metió la mano en el agujero para cogerlo.

—¡Puaj! —exclamó al sacar la luz con el brazo untado en el líquido. Se trataba de una lámpara styx. No sabía si sería suya o de alguno de los otros, pero ahora eso no tenía importancia. Levantó la lámpara para examinar los alrededores, y aumentó tanto su confianza que decidió ponerse en pie.

Se encontraba sobre una superficie grisácea. No era lisa en absoluto, sino que estaba estriada y llena de agujeros, con una textura que recordaba la piel de un elefante. La luz reveló que había otras cosas incrustadas en ella, cosas que iban desde pequeños guijarros hasta grandes trozos de roca. Era evidente que, al igual que había hecho él, aquellas piedras habían chocado con fuerza en aquella sustancia y la habían penetrado.

Levantó más la lámpara y vio que aquel terreno se prolongaba en todas direcciones, formando una altiplanicie

suavemente ondulada. Pisando con cuidado para no perder pie, Chester regresó a su agujero para inspeccionarlo más de cerca. No se podía creer lo que veían sus ojos, y se rió de tan sorprendido como estaba: ante él contemplaba una silueta perfecta de sí mismo, recortada hasta muy hondo en la superficie de aquella sustancia. Aquello le recordó los dibujos animados del sábado por la mañana, con el desgraciado coyote que siempre terminaba cayendo de enormes alturas y dejando en el fondo del precipicio un agujero en forma de coyote. ¡Y ahí tenía una versión real en forma de Chester! Los dibujos animados ya no parecían tan divertidos.

Murmurando su incredulidad, penetró de un salto en el agujero para recuperar la mochila, lo cual le costó bastante esfuerzo, pero en cuanto la sacó, se la echó a la espalda y salió del agujero trepando. Entonces se agachó para levantar la cuerda.

—¿Voy hacia la izquierda o hacia la derecha? —se preguntó mirando los dos extremos de la cuerda, que se perdían en la oscuridad. Eligiendo una dirección al azar, y armándose de valor para enfrentarse a lo que pudiera encontrar, comenzó a seguir la cuerda, sacándola de la superficie gomosa a medida que avanzaba.

Había recorrido unos diez metros cuando la cuerda cedió repentinamente y se cayó de culo, quedando sentado. Dando gracias por que aquella alfombra de goma subterránea hubiera amortiguado la caída, volvió a ponerse en pie y examinó el extremo de la cuerda. Estaba deshilachada, como si la hubieran cortado. Pese a eso, Chester pudo seguir la línea que había dejado la cuerda, y no tardó en llegar hasta otro profundo agujero en el terreno. Lo bordeó y dirigió la luz de la lámpara hacia el interior.

Desde luego, parecía que alguien había estado allí, aunque su silueta no era tan perfecta como la suya, pues parecía que el que la había hecho había aterrizado de lado.

—¡Will! ¡Elliott! —volvió a gritar. Pero siguió sin haber respuesta, aunque de pronto reapareció *Bartleby*, mirando a Chester con sus ojos siempre abiertos—. ¿Qué pasa? ¿Qué quieres? —le preguntó, gruñendo de impaciencia.

Lentamente, el gato volvió la cabeza hacia el lado opuesto y, agachando el cuerpo, comenzó a avanzar, arrastrándose.

—Quieres que te siga, ¿no es eso? —dijo el chico al comprender que *Bartleby* se comportaba tal como si estuviera acechando una presa.

Siguió al gato hasta que llegaron ante una superficie vertical: era una pared formada por aquella misma sustancia gomosa, por la que corría el agua en pequeños arroyos.

—¿Y ahora hacia dónde vamos? —preguntó, empezando a sospechar que el gato lo llevaba a cazar gamusinos. Chester no quería alejarse demasiado y perderse, pero sabía que antes o después se vería obligado a hacer de tripas corazón y explorar toda la zona.

Con el esquelético rabo apuntando hacia atrás, *Bartleby* señalaba con el hocico hacia algo que parecía un agujero en el muro. Tapando la abertura, el agua caía salpicando en una cascada continua.

—¿Ahí dentro? —preguntó Chester mientras intentaba alumbrar con la lámpara styx a través del agua. A modo de respuesta, el gato atravesó la cortina de agua, y él lo siguió.

Se encontró en una especie de cueva. *Bartleby* no era el único que estaba allí dentro. Alguien más se encontraba allí, acurrucado y rodeado de hojas de papel tiradas por el suelo.

—¡Will! —gritó Chester casi sin resuello de tan contento como estaba por haber encontrado a su amigo.

Will levantó la cabeza, relajando los dedos que habían afechado una esfera de luz, y permitiendo que la luz iluminara su cara a trozos. No dijo nada. Se quedó mirando a Chester como mudo.

—¿Will? —repitió Chester. Alarmado por el silencio de su amigo, se agachó a su lado—. ¿Estás herido?

El chico se limitó a seguir mirándolo. A continuación se pasó la mano por el pelo blanco, que estaba brillante de grasa, hizo una mueca y cerró un ojo como si hablar le costara demasiado esfuerzo.

—¿Qué ha pasado? ¡Dime algo!

—Vale, estoy bien. Teniendo en cuenta... —respondió finalmente Will con voz monótona—. Teniendo en cuenta que tengo un dolor de cabeza que me nubla la vista y que las piernas me duelen como demonios. Y que los oídos me estallan. —Tragó saliva varias veces—. Será la diferencia de presión.

—A mí me pasa lo mismo —explicó Chester antes de darse cuenta de lo poco importante que era eso en aquel momento—. Pero ¿cuánto tiempo llevas aquí dentro?

—No lo sé —respondió, encogiéndose de hombros.

—Pero ¿por qué...? ¿Qué...? Tú... —farfulló Chester, atropellando las palabras—. ¡Lo hemos logrado, Will! —exclamó entre risas—. ¡Lo hemos logrado!

—Eso parece —respondió su amigo cansinamente, apretando los labios.

—Pero ¿qué te sucede? —preguntó.

—No lo sé —masculló Will—. Realmente no sé qué me sucede ni me deja de suceder. Ya no.

—¿Qué quieres decir?

—Pensaba que volvería a ver a mi padre —respondió Will con la cabeza agachada—. Mientras nos ocurrían todas estas cosas horribles, durante todo este tiempo, sólo había una esperanza que me animaba a seguir... Realmente creía que encontraría a mi padre. —Levantó un mugriento cepillo de dientes de Mickey Mouse—. Pero el sueño se ha acabado ya. Está muerto, y no ha dejado tras él más que este estúpido cepillo que se llevó por equivocación... Y las chifladuras que escribió en el diario.

Will eligió un trozo húmedo de papel y leyó una frase que tenía garabateada:

—¿Un «segundo sol...» en el centro de la Tierra? ¿Qué quiere decir eso? —Suspiró hondamente—. Ni siquiera tiene ningún sentido.

Entonces habló en un susurro:

—Y Cal... —Will movió la cabeza, agitado por un involuntario sollozo—. Fue culpa mía que muriera. Tendría que haber hecho algo para salvarlo. Tendría que haberme entregado a Rebecca... —Chasqueó la lengua contra los dientes, y se corrigió—, a las Rebecas.

Alzó la cabeza y descansó en Chester su triste mirada.

—Cada vez que cierro los ojos, lo único que veo son sus dos caras..., se me meten por los párpados, en la oscuridad... Dos caras asquerosas y repugnantes, que me gritan y me riñen. No me las puedo quitar de la cabeza —explicó, y se dio un golpe bien fuerte en la frente con la palma de la mano—. ¡Ah, qué golpe! —gimió—. ¿Por qué he hecho eso?

—Pero... —comenzó Chester.

—Sería mejor que lo dejáramos. ¿De qué sirve? —le interrumpió Will—. ¿No recuerdas lo que dijeron las gemelas sobre la trama del *Dominion*? No podemos hacer nada para impedir que suelten el virus en la Superficie, y menos desde aquí abajo. —Con gran ceremonia, dejó caer el cepillo de dientes de Mickey Mouse en un charco de aspecto oleaginoso, como si estuviera ahogando al animal toscamente pintado que constituía el mango—. ¿De qué sirve? —repitió.

Chester estaba perdiendo rápidamente la calma:

—El caso es que estamos aquí, y estamos juntos, y les hemos demostrado a esas ratas malvadas lo que valemos. Es como..., es como... —dudó por un momento, tratando de expresarse—, es como cuando en un videojuego consigues otra partida... Ya sabes, un nuevo intento. Nos han dado una segunda oportunidad para tratar de detener a las gemelas

y salvar todas esas vidas en la Superficie. —Sacó del charco el cepillo de dientes y, tras secarle el agua, se lo devolvió a su amigo—. El caso es que lo hemos conseguido: ¡seguimos vivos, por Dios!

—¡Pues vaya cosa! —murmuró Will.

—¡Claro que es una gran cosa! —dijo Chester, zarrandeándolo por el hombro—. Vamos, tú eres el que ha tirado siempre de los demás, el que nos ha dado ánimos, el chiflado que... —en su excitación, Chester tuvo que detenerse un momento para tomar aliento—, que siempre quería seguir. ¿Recuerdas?

—¿Y no es eso precisamente lo que nos ha metido en todo este embrollo? —replicó Will.

Chester contestó con un sonido que se hallaba a medio camino entre un «mmm» y un «sí», antes de negar vigorosamente con la cabeza.

—Y quiero que sepas... —a Chester le tembló la voz hasta apagársele al tiempo que apartaba los ojos y se ponía a jugar con una piedra que tenía junto a la bota—: Will..., creo que he sido un idiota.

—Eso no importa ya.

—Sí, sí que importa. Me he portado como un tonto de capirote... Estaba harto de todo..., harto de ti. —La voz de Chester recuperó entonces su firmeza—: Dije un montón de idioteces que no pensaba. Y ahora te estoy pidiendo que sigas explorando, y prometo que no volveré a quejarme nunca. Lo siento.

—Eso está muy bien —murmuró Will algo azorado.

—Sólo te pido que hagas lo que mejor sabes hacer: encuentra una salida.

—Lo intentaré.

Chester lo miró fijamente.

—Cuento con ello, Will. Y también cuenta con ello toda esa gente de la Superficie. No te olvides de que mi padre y

mi madre están allí arriba. No quiero que se contagien del virus y mueran.

—No, claro que no —respondió Will de inmediato, pues la mención de los padres de Chester le hizo ver la situación con claridad. Sabía cuánto los quería su amigo, y su suerte y la de cientos de miles de personas, si no millones, estaba echada si seguía adelante la trama de los styx.

—Vamos, compañero —le apremió Chester, ofreciéndole la mano para ayudarle a levantarse. Atravesaron juntos la cortina de agua y salieron a la gomosa superficie.

—Chester —dijo Will, recuperándose en buena medida—, hay algo que tendrías que saber.

—¿Qué es?

—¿No notas nada raro en este lugar? —preguntó Will, dirigiendo a su amigo una mirada de perplejidad.

Sin saber a qué se refería, Chester negó con la cabeza. Al hacerlo, el pelo rizado y engrasado le cayó en la cara, y un mechón se le metió en la boca. Se lo apartó inmediatamente con un gesto de disgusto y escupió con asco varias veces.

—No, aparte de que esta cosa en la que estamos huele a demonios y sabe igual de mal.

—Tengo la impresión de que nos encontramos sobre un hongo increíblemente grande —siguió Will—. Hemos caído sobre una especie de saliente en la pared del Poro. He visto algo parecido en la tele: un hongo monstruoso que encontraron en Estados Unidos y que ocupaba más de mil kilómetros por debajo del suelo.

—¿Era ésa tu pregunta?

—No —le interrumpió Will—. Lo interesante es esto. Mira atentamente.

Tenía la esfera de luz en la palma de la mano, y sin ningún esfuerzo la tiró al aire, de forma que se elevó cinco metros.

Chester vio totalmente asombrado cómo volvía a bajar despacio hasta la mano de Will. Era como si presenciara la escena a cámara lenta.

—¡Eh!, ¿cómo has hecho eso?

—Prueba tú —respondió Will, pasándole la esfera—. Pero no la tires con mucha fuerza, o no la volverás a ver.

Chester hizo lo que le proponía su amigo y lanzó la esfera hacia arriba. Lo hizo con demasiada fuerza, y la esfera ascendió unos veinte metros, iluminando lo que parecía otra colonia de hongos por encima de ellos, antes de volver a caer lenta y misteriosamente, iluminándoles las caras, que levantaban hacia lo alto.

—¿Cómo...? —preguntó Chester casi sin voz y con los ojos como platos.

—¿No te sientes, eh..., como... ligero? —preguntó Will, tardando en encontrar la palabra adecuada—. Hay poca gravedad. Calculo que más o menos un tercio de la que tenemos en la Superficie —le informó apuntando con el dedo hacia el cielo—. Eso y el suave aterrizaje que hemos tenido explican tal vez por qué no nos hemos convertido en tortilla. Pero ten cuidado al moverte, o te saldrás de esta protuberancia y seguirás cayendo por el Poro.

—Poca gravedad —repitió Chester intentando asimilar lo que decía su amigo—. ¿Qué significa eso exactamente?

—Significa que hemos caído mucho.

Chester lo miró sin comprender, hasta que Will le dijo:

—¿No te has preguntado nunca cómo sería el centro de la Tierra?